

LA LOCA QUE HAY EN MI

Nuria Amat

1.

Se diría que lleva una vida normal pero sus ojos no descansan ni un segundo, ni para dormir tampoco. Nada de lo que sucede en la calle debe escapar de su radio de visión. La calle es una amenaza en sí misma, poblada de sujetos brutales dispuestos a hacerle daño y, seguramente, asesinarla. Sólo oye sombras en silencio. La violencia del enemigo le ha encanecido el cabello. El cerrojo de la puerta está forzado y roto. Para resguardarse del miedo, se sienta junto a la ventana, cuidando mantener el porticón medio cerrado no fuera alguien a descubrirla espionando. ¿Qué hace con la información? Matar el tiempo. Olvidarla.

A horas imprevistas, sale a la calle. Compra algo de comida, cuatro patatas escasas, una coliflor y el periódico del día. Varios tipos de periódicos. No los lee. Hace una pila con ellos y se dedica a meterlos en bolsas de basura que amontona en el patio de la casa. Desde arriba, yo veo una montaña de color azul cobalto cada vez más alta. No voy a imaginar que quiere subirse por ella y alcanzar mi almohada.

Vive sola. En el barrio han empezado a contar historias raras sobre su vida. Que si de joven estuvo viviendo en Ibiza, cuando los tiempos de los primeros hipies. Que si las drogas. Que si la muerte del marido. Que si había tenido como amante un cantautor de la “trova catalana”. Que si sus sueños estafalarios de ser actriz le dejaron un regusto a solterona fracasada. Que si blanco, que si negro. Nunca recibe visitas. No habla por teléfono. Entre la vida y su mundo hay un muro de sombras inhumanas. Ni se le ocurre que podría derribarlo. ¿Qué haría en el otro lado? Y con esta cara de susto permanente, blanca y encerada.

Si escribiera versos, como alguien asegura que, en otro tiempo, hacía en sus ratos libres, y supiese el modo de desahogar sus penas y tristezas, tal vez su vida sería más fácil de sobrellevar. Su soledad no

consigue reflejarse en los dos libros de poemas que aun guarda en el estante perdido. Leer es aprender a equivocarse. Ella es una batalladora. Se basta a sí misma.

2.

La única verdad que ha podido probarse sobre su vida, tuvo lugar hace unos meses cuando salió desnuda de su casa y caminó calle arriba con el bolso de mano colgado de su brazo. Imaginando, tal vez, una agradable caminata por la playa.

¿A dónde irá con esa pinta?, se preguntaban transeúntes, vecinos y mujeres ociosas que, alertadas por la noticia, salieron corriendo a la calle para verla. ¿Qué hace una vieja sin vestido? Y, además, con este frío. ¿En qué estará pensando? Pero ella no pensaba en nada. Tal vez se sintiera libre. Se levantó el viento y volaron sus cabellos por un rato. Hasta que dobló la esquina.

Los de la calle miran atentos sin nadie que se atreva a detener a la mujer que camina en dirección a la Plaza Mayor, desnuda como Dios la trajo al mundo.

No estamos en la playa, grita alguien. Pero ella ni caso. Sigue muy digna su camino.

Una vecina le manda un saludo. Luego, ríe a sus espaldas. La dependienta del supermercado aparece con un abrigo en los brazos decidida a aprovechar la menor ocasión de arrojarlo encima de la pobre mujer. Ella no ve el saludo ni la burla. También hace caso omiso de la intención de la dependienta. Aprieta el bolso sobre su pecho. En el lugar de la boca, tiene una cicatriz. La soledad deja marcas de por vida. Sigue su camino inmóvil, sin fijarse en otra cosa que no sea su andar cansino y fastidiado.

Es una mujer que no busca llamar la atención. Si no fuesen las doce del mediodía pasadas, se diría que va sonámbula. Mira sin ver. Camina con una idea fija en la cabeza y va a cumplirla.

Al llegar a la plaza de la Iglesia, tuerce a la derecha y se detiene frente a la churrería de la esquina. Ha conseguido ser la única persona que el churrero tiene delante del mostrador. El resto de los clientes ha desaparecido como por encantamiento. Permanecen a varios metros de ella, observando su silencio. A la espera atenta de una segunda

conmoción. Cualquier palabra puede ser peligrosa. Un eclipse de sol, en esta hora punta del otoño, no hubiera causado tanta agitación en la calle como el paseo trágico de la mujer desnuda.

La ven levantar los brazos sobre el mostrador, como pidiendo permiso. Le reclama al churrero una bolsa de churros de tamaño grande, y que sean calientes, por favor. Ni se le ocurre pensar en lo que estarán diciendo de ella los mirones, alguien dijo que lo que no es posible comprender no se siente. Y ella, ni tan solo siente el frío.

Pregunta cuánto sube lo que debe, abre su monedero y paga la cuenta. Calcula las monedas con parsimonia. El churrero no sabe que hacer con las palabras. Decide actuar sin hablar. Ni demasiado fraternal ni distante en exceso, no vaya a desconcertar a la mujer desnuda. Acepta el dinero. Le da el cambio y saluda a la mujer que dice gracias, buenos días.

Aprieta la bolsa de churros caliente contra su pecho y toma el camino de regreso a casa. La misma calle por donde ha venido.

Va tan seria y tan puesta que la gente tiene que pensarlo dos veces antes de comentar que la mujer tiene perdida la cabeza o es una desconsiderada. Ella saluda a alguien del quiosco. Lo hace de lado, mientras sigue su camino. Algunos no se atreven ni a mirarla. La mujer del estanco, por ejemplo, escandalizada, se ha tapado la cara con las manos. Todos mantienen los ojos bien abiertos aunque simulen desviarlos hacia otro lado por temor a ser confundidos como actores del escándalo. No logran entender el motivo de la chifladura. Porqué está loca murmuran entre dientes. Desde ese día, empiezan a llamar a la mujer “la loca de la churrería”. “La vieja chiflada”.

3.

Muchos esperan que la loca vuelva a aparecer desnuda por la calle. Los comerciantes saldrán afuera y robarán algunos minutos al tedio del oficio. Pero se equivocan. En sus siguientes salidas, lo hará vestida aunque sus ojos seguirán perdidos en una neblina transparente. Ya no saluda a nadie. Tiene miedo de morir y de vivir. Desconfía de todo el mundo. Cree que todo el barrio está de malas contra ella, de ahí que siga fabricando armas secretas con sus papeles de periódico. Considera que sus vecinos de escalera son sus enemigos más

peligrosos. Van a por ella. A echarla de la casa. A matarla, tal vez. Así que los vencerá en el primer asalto. Tiene la artillería formada. Todo preparado. Piensa atacarlos con clavos, cristales y martillos.

4.

Miro a la mujer. ¿De donde vendrá su conducta agresiva y oscura? Me hago esta pregunta cuando me cruzo con ella en la oscuridad del primer rellano. Consigue asustarme. Vive justo en el apartamento que hay debajo del mío, de tal modo que cuando yo subo o bajo de mi casa tengo que pasar por delante de la puerta de “la loca”. Cualquiera que sea la hora, ella me está esperando. Quiere asustarme. Quiere que me vaya. ¿Cómo conseguirlo? Muy sencillo. Haciéndose la desequilibrada. ¿O acaso está loca y se hace la dormida? Aparenta setenta años, o tal vez menos. Cuando pongo el pie en su rellano, abre su puerta de forma violenta y se queda impávida como estatua. Me mira fijamente. Ni siquiera logra mover los párpados. Como la escalera es muy oscura, sin ascensor que me permita dar un rodeo, tengo la impresión de que en una de estas apariciones acabará saltando encima de mí. Yo debería decir algo. Pero no me atrevo. Apresuro el paso, salto los escalones de dos en dos, siempre hacia delante.

5.

Cada vez que subo o bajo de mi casa, ella me está esperando delante de su puerta abierta. No es curiosidad lo que la mueve a perturbar mi vida sino rabia por ser yo quien soy. Al volverme de pronto la veo alzando la vista a mis pupilas. Me odia. Le repugno. Tiene miedo a morir sin haberme dicho aun una palabra.

¿Y yo qué soy, al fin de todo?

6.

En su aparición de esta mañana no he podido dominar el miedo y perdí el equilibrio. Tropecé con la alfombrilla de su puerta y casi estuve a punto de caer en el descansillo, bajo sus ojos retadores. Luego, me he escurrido hacia el hueco de la escalera como si nada hubiera sucedido. Un fantasma es un fantasma. Pero, antes o después, habrá que subir a casa y volver a sentirme atrapada por la sospecha colmada de sonidos. Debería decirle alguna palabra agradable a la mujer. Preguntarle si quiere algo. O, ¿por qué me vigila como un guardia?

No me decido. Algo me dice que prefiere que me calle.

7.

Los locos son mis personajes favoritos. Leo sus novelas. Los veo salirse de sus páginas. Me pregunto por qué tendrán la piel apagada y cetrina de los muertos.

Hay locos que prefiguran los destinos adversos de la humanidad. Son profetas de nuestras biografías. Nadie pierde de vista el perfil de un loco. Con esto está dicho todo.

8.

Ahora la loca ha empezado a desparramar su material de guerra. Lo extiende en el suelo de la escalera y de la portería del edificio. Ha creado un escenario de tortura para sus vecinos. A primera vista, no se aprecia pero nada más entrar en casa, chocamos con una alfombra de cristales rotos esparcidos por el suelo. Cuando los descubres a tus pies, produce escalofríos. La loca tiene la sensatez de ordenar vidrios y clavos como si fueran países y continentes de un mapa geográfico.

Su marido murió sin saber que estaba loca.

Quién dice si su locura no ha comenzado con mi llegada al edificio.

La muy lista, antes de colocar su artillería, toma la precaución de romper todas las bombillas de la escalera. Lo hace ex profeso, para que cuando entremos en la casa, la oscuridad completa nos haga tropezar, caer al suelo y lastimarnos. Por ese orden. Ella, con la mano agarrada al picaporte de la puerta, espera el desastre. Y las heridas.

9.

A menudo, la imagino subiendo al terrado del edificio, presa de un vértigo que la lleva a apartarse de la vida, y la lanza al vacío.

Entonces, yo podría vivir tranquila.

Mi madre, sin ir más lejos, calzaba sus zapatos bajos y sus mismas cejas marchitas.

No sé por que razón, la muerte de alguien querido me hace suponer que he sido, de algún modo, partícipe de ella. Yo, que lo escribo todo, hasta lo que no escribo.

10.

Peor que las funestas trampas colocadas de forma estratégica es la negritud completa con la que me recibe cada día. Miro a izquierda y derecha, adelante y atrás, por si aparece ella. Y, en efecto, el espectro se deja ver. ¿Quién se atreve, entonces, a pasar frente a la furia de la loca? Varias veces me he ido de la casa para buscar ayuda y no entrar sola.

Mi único deseo en la vida consiste en no encontrarme con la loca de la escalera. La seguridad de que cada día puede repetirse el mismo espanto me aturde al punto de que cuando ya casi he alcanzado la puerta de la calle debo regresar a casa para tranquilizarme con la impresión de que el tiempo, por esta vez, al menos, ha volado a favor mío.

Si tengo la suerte de encontrar alguien que me acompañe, subimos entonces, con una caja de fósforos que vamos encendiendo

de tal manera que siempre haya un resquicio de luz sobre el atlas homicida.

Una vez arriba, respiramos.

11.

Cada semana, el administrador de la finca, manda a algún electricista a recomponer las luces de la escalera pero la loca, obsesiva como es, vuelve a romperlas y a inundar los peldaños con un sinfín de vidrios rotos.

Por lo que a mi concierne, subo y bajo la escalera en cosa de segundos.

Yo estoy ahí como una nube blanca.

Todavía no he caído.

12.

En mi calendario los días no cuentan. Lo único importante es no hacerme la encontradiza con la loca. Deberían encerrarla. Es lo que pensamos todos los vecinos. Los pocos que quedamos en la casa. La loca y yo solas, a estas alturas del proceso de desaparición. Viento. Silencio. Un automóvil se detiene en plena calle. Me pregunto si no será ella también otra aspirante a suicida.

13.

El administrador de la finca ordena que no se la moleste demasiado, por si acaso.

14.

A veces me siento junto a la ventana, a esperar que la loca se acueste en su cama, tenga la suerte de dormir un poco y pueda yo salir

de casa. He cambiado mi horario. Salgo de noche y duermo de día. Como hacen búhos, ratones y algunas prostitutas. ¿Para ir adónde? Se preguntan también algunos vecinos de la calle, como el peluquero, siempre alerta de lo que sucede arriba. ¿Qué hará a estas horas? ¿Ejercicios nocturnos de locura? Pero, ya no queda nadie en casa que pueda venir en mi socorro.

 Mi vida es como si me atormentaran con ella.

15.

 Pienso: por simple regla de tres, ella tendrá que morir antes que yo. Lo que me parece el colmo del acto de pensar, desear la muerte de alguien que apenas te importa para que la vida recupere su sentido.

 Admito que la idea de matarme también me ha pasado por la cabeza. Algo inverosímil, por otra parte. Por eso me permito pensarlo.

16.

 Es sábado y llaman a la puerta. Leo un libro. Suena algo de piano en el patio de manzana. Abro sin reflexionar. Debería haber inspeccionado a través de la mirilla, antes de abrir la puerta, pero hace calor y el día es transparente, de esos atardeceres de verano en los que la ropa sobra y el cuerpo se enaltece. Allí está ella con su mirada clavada sobre mí. Viste una bata a cuadros blancos y verdes. Mantiene la boca cerrada, apretada como un torniquete, como si le hubieran dado un puñetazo. Guarda un silencio demudado, de esos silencios ridículos que doblan a muerte o a castigo. Es obvio su deseo de matarme. Su respiración pierde la armonía.

 ¿Por qué me odia?

 ¿No estará pensando que yo soy la asesina? ¿Yo, la loca?

 Por si acaso, también callo. No vayan las palabras a descubrirle nuevos enemigos.

 Avanza unos pasos en dirección a mí. El rostro demacrado.

No está sola. Va con ella un montón de bolsas azules que, sin mediar palabra, lanza de golpe una tras otra, como si fueran bombas.

Ha contaminado mi casa con su histeria.

A duras penas, consigo cerrar la puerta y dejarla afuera.

¿O acaso se ha escurrido dentro como un gato?

17.

Hace mucho tiempo que no vivo.

El edificio sigue vacío. Empiezo a tener conciencia de mi propia respiración. Me duele pensar. Mi pensamiento golpea y truena como si de un corazón externo se tratara. Se me ocurre cambiar de idioma pero qué sentido tiene hablar en lengua extraña si tampoco hablo con nadie. La loca ha cortado todos los contactos con el exterior. Como si no pisara suelo sino cielo, se queda vigilando las alturas. Pájaro de alas desplegadas y a punto de levantar el vuelo. Aguilucho siniestro que sobrevuela mi cabeza. Me arde la cara. Un brazo levantado podría asustarla. O tal vez no. Me limito a cerrar mi puerta en sus narices.

He encontrado restos de cabellos de la loca en el cuarto de baño. Que yo sepa, no vivimos juntas aunque las paredes de la casa de tan endebles apenas sirven para ocultar los sentimientos. El peluquero de la esquina dice que van a llevársela a un centro de rehabilitación para personas de comportamiento estrafalario o demente. Insiste en querer cortarme el pelo. Digo que no. Que no me confundan. Intento sonreír. No vayan a llevarme con ella, mañana mismo o, a más tardar, el viernes, como ha dicho el peluquero. Que no me preocupe, pronto estaré tranquila.

18.

Por ejemplo, esta tarde he escrito un verso:

*Estoy desnuda,
sin nada que ponerme,*

*con desgana de cama,
mi flor blanca se congela
sin tus besos.*

*Tengo frío,
pienso en la nieve abrasada
por el tiempo,
y tus labios
de cuchillo veloz,
secos, ahora, por el fuego.*

19.

Cada peldaño se convierte en una victoria ganada al peluquero. Me siento triste. Cultivo mi tristeza. Venas que se hinchan como riachuelos. Al fin y al cabo, mi tristeza no es cosa de otro mundo. Tiene más relación con lo que he sido que con lo que ya nunca podré tener ni disfrutar. A veces, me sucede que cuando me desnudo tengo la impresión de andar vestida. Y al contrario, también, debe ocurrir, que cuando estoy vestida pensaré que estoy desnuda y vulnerable a la agonía del mundo.

20.

Tal y como presentía, ha sucedido en viernes. Lo he visto yo misma con mis propios ojos. He visto como la loca salía del portal y dos mujeres se la llevaban en volandas. Para mi asombro, no ha protestado. Nadie sabe lo que hace ni lo que hacen con uno. Somos secretos del destino. Tampoco ha gritado. Lo que me escama sobremanera, ya que el simple acto de protesta es la prueba de que no se ha atravesado ningún infierno.

Haber sido liberada de la loca debería darme una seguridad que todavía estoy lejos de sentir. Me levanto de la silla y escucho. No se oye ningún otro sonido salvo el de pasos ajenos de la calle insegura. Bajo yo misma al portal para verificar si entraron visitas extrañas en el

edificio o bien se oculta algún ladrón que aprovecha la oscuridad para cometer su fechoría. Algo ha crecido alrededor mío. La casa es más grande. Y las palomas apenas distinguen la azotea, donde anidan, del interior intachable de mi cuarto. Golpean el cristal de mi ventana mientras buscan con sus ojos demoníacos la mirada de la vecina loca. Cuando no son las palomas son los ojos vidriosos de la loca los que me persiguen. Yo grito. Ella grita. Busco en la pared y la veo espiar por mi ventana. Sé que son imaginaciones mías. Mi pensamiento es la única planta de mi dormitorio que me permito regar a diario. Camino despacio. Ni una sola vez veo en el espejo mi imagen verdadera. La soledad es una suerte de liberación que conduce más rápidamente al hundimiento. Poco a poco voy perdiendo mis cabellos. Es cosa de los nervios, ha dicho el peluquero. Debería salir un poco. Airearse. Ir al cine.

Un alivio para mí sería poder llegar hasta la churrería de la plaza y comprar una bolsa de churros calientes.

21.

La trajeron esta tarde. Ha venido con una perrita alemana que ladra todo el tiempo. Desde que ha regresado parece menos loca. Ha querido poner flores en los tiestos de su balcón y un pájaro amarillo que canta todo el tiempo dentro de su jaula.

Los ruidos de la calle han invadido progresivamente la casa. Mi vida se ha convertido en un eterno estar en la ventana. Que si entra. Que si sube. Me tienta su misterio. Si se quedase encerrada para siempre...

La mujer del peluquero viene a menudo a visitarla y hablan en un idioma incomprensible para mí. Murmuran a espaldas mías. Oigo sus cuchicheos a través de la pared. De tan frágil apenas siento que exista. Que si la loca vecina del tercero. Que si ha vuelto a romper las bombillas de las lámparas. Que si salgo a la calle desnuda y con un cepillo de pelo en la mano. Quieren volverme loca. Por eso hablan y hablan todo el tiempo. Se extienden en miles de lenguas y sonidos. Lo que ellas quieren es matarme. Encuentro cabellos sospechosos en el

cuarto de baño. Llevo una semana amontonando bolsas azules en el rincón del patio. Son bombas de ataque y de defensa.

22.

Mi palabra favorita es silencio.
Hace tiempo que no pienso.

23.

Acabo de oír pasos sospechosos en mi rellano. No saben, entonces, que estoy dentro. A la espera del ataque. Lanzo meteoritos sin dejar huellas.

Algunas tardes yo misma me sorprendo existiendo. Voy a abrir la puerta para enfrentarme al miedo.